

## OJEADA CRITICA SOBRE MARIO BRICEÑO IRAGORRY

Por RAMÓN GONZÁLEZ PAREDES

Muchas veces me he preguntado a solas conmigo mismo, ¿cuál es el valor intelectual de Mario Briceño Iragorry?

Es preciso enfocarlo como historiador, sociólogo, literato, periodista y político. No diré nada de él como jurista, porque no ejerció la profesión. En verdad, según anota el Pbro. Luis M. Olaso en su Oración Fúnebre del 9 de junio de 1958: “el Derecho sirvió para templarle el ánimo, para darle además de aquella —llamémosla— minuciosidad o escrupulosidad en el escribir —aun sus últimos escritos aparecen originalmente con tachaduras y correcciones interlineales— aquel espíritu y rectitud y legalidad inquietante buscado en la misma fuente de la justicia” (“Oración Fúnebre”, Imprenta Nacional, 1958, p. 8).

Como historiador fue “acucioso”, ordenado, un notable investigador. Ello lo puso de manifiesto en su obra *Los Fundadores de Trujillo*, discurso de incorporación a la Academia Nacional de la Historia.

*La Vida y Papeles de Urdaneta el Joven*, sus biografías de *Casa León* y del *Regente Heredia*, así como el haber desentrañado el símbolo de *Alonso Andrea de Ledesma* para el cielo nacionalista de la Venezuela de nuestra época, nos presentan su verdadera dimensión de científico, de hombre entregado al estudio, que no se fatigaba en hurgar en infolios. En este sentido, como aquel historiador merideño a quien consideraba su maestro, es decir, Caracciolo Parra León, supo valorar la Colonia. Su afán de presentar al desnudo los valores coloniales, de acabar con el prejuicio que consideraba aquélla como una época totalmente oscura para ser digna de estudio, le acarreó disgustos numerosos, porque no faltó quien lo calificase de amigo del letargo colonial, con adarme de malevolencia.

En cuanto a lo puramente literario, el Dr. Mario Briceño Iragorry poseía un estilo claro, fluido, en veces de largos períodos, como el usado por los escritores de énfasis oratorio de la Escuela anterior a la generación del 98; estilo que Diego Carbonell consideró hasta de campanudo, y en otras ocasiones recibió una lección de los afrancesados del 98 español, y cultiva las frases breves con elegancia. Últimamente se nota una poetización de su estilo, un cierto retorno, con espíritu superado, a las meditaciones poético-filosóficas de su libro primigenio *Horas*. El estilista siempre lo acompaña cuando realiza ensayos, que los tiene impecables, hermosos, como aquel dedicado al poeta colombiano José Asunción Silva. Poseía estuendas dotes descriptivas, que pone de manifiesto en *Casa León y su tiempo*, *Los Riberas*, y en la hermosa biografía del prohombre *Regente Heredia*.

Su afán de jugar con los vocablos, cierto conceptualismo elegante, de una oratoria muy moderna, se puso de manifiesto en su bello discurso pronunciado en Trujillo poco antes de morir, o sea, *Por la ciudad hacia el mundo*.

Pero al mismo tiempo que científico y literato era Mario Briceño Iragorry un fervoroso político. Iba hacia la política por vocación, acaso por vicio; pero realizó

un quehacer a conciencia. De allí que se ocupara especialmente de la Sociología en impecables ensayos que perfilan esta faceta suya, desde *Temas Inconclusos*, *Mensaje sin Destino*, *Alegría de la Tierra*, *Introducción y Defensa de Nuestra Historia*, *La traición de los mejores*, *Patria Arriba*, *Aviso a los Navegantes*, hasta *Dimensión y urgencia de la idea nacionalista*.

Su valor de hombre dedicado a pensar por la Patria, el destierro, la lucha cívica, hacen del nombre de Mario Briceño Iragorry un símbolo de la Venezuela de nuestro tiempo.

En *Mensaje sin Destino*, hace un análisis de nuestra crisis de pueblo “sin formación interna”, sin tradición; país que requiere defender sus valores. Aboga por un sano, edificante nacionalismo.

Su libro *Horas*, aunque es la obra de un mozo que comienza a escribir, revela en Briceño Iragorry cualidades, una disposición filosófico-histórica, una decidida vocación por las aguas profundas, como diría Mariano Picón Salas, y un buen estilo. *Los Fundadores de Trujillo*, *Ventanas en la Noche*, *Temas Inconclusos*, *Palabras en Guayana*, *Virutas*, ponen de manifiesto la presencia de un prosista, cuidadoso de su estilo, que puede situarse entre nuestros más finos prosadores, tales como Pedro Emilio Coll, Manuel Díaz Rodríguez, César Zumeta, Santiago Key Ayala, Eduardo Carreño, Ramos Sucre, Picón Salas, Gallegos, Luis Beltrán Guerrero; un maestro del buen decir, que deseaba el vulgarismo, el neologismo, el indigenismo incluso, y deseaba beber agua clara, nítida, en las mismas fuentes de la lengua de Castilla. Por otra parte, revelan al escritor preocupado de la problemática social, de las urgencias de la vida del país, con buena, buida, honda, documentación histórica. *Lecturas Venezolanas* (1926) es la obra de un antologista, deseoso de acercar los valores nuestros a la juventud. En cuanto a *Tapices de Historia Patria* (1933), es un conjunto de retratos, de cuadros históricos pintados con elegancia, con precisión, al mismo tiempo que constituyen una explicación “morfológica de nuestra cultura” mestiza.

En la segunda edición de *El Caballo de Ledesma* (1942), publicó un soneto mío, a título de comentario, en donde decía yo que “América ya tiene su Quijote”, porque la intención del historiador, con fluido, exquisito estilo, es presentar al héroe que figura entre los Fundadores de Trujillo, como un celoso defensor de la nacionalidad cuando se deja matar, lanza en mano, al salir solo a enfrentársele al pirata Amyas Preston y a sus hombres.

A *Casa León y su Tiempo*, lo llama el autor “libro de mayor cocina”, porque pasó tiempo documentándose en el Archivo Nacional. La obra nos pone de manifiesto el estilo de Briceño Iragorry, su facilidad para captar y reproducir cuadros pretéritos, para llenar, incluso, lagunas de los historiadores comunes y corrientes, que no se ciñen sino al dato escueto, preciso. Son fuertes, recias, estupendas, las descripciones y la figura de Casa León como “antihéroe” —de los que pusiera en boga Stefan Zweig cuando escribió las biografías de José Fuché y Casanova—. Esta obra la realizó el autor con un propósito nacionalista: mostrar a las claras un mal consuetudinario, quitarle el rebozo a los casa leones de todos los tiempos. Por eso dice (*Obras Selectas*. Edime. Madrid, España, p. XVII): “El casaleonismo

es la permanente ondulación de la sierpe de la oligarquía capitalina, opuesta a toda idea que contraríe la prepotencia de su grupo, y dispuesta, en cambio, a tomar el matiz del gobierno que la apoye". Un modelo de biografía en largos períodos sonoros y trazos magníficos es *El Regente Heredia*, por contraste con *Casa León*, el héroe moral. *Vida y Papeles de Urdaneta el joven*, resulta una obra sin ambiciones literarias. El único propósito que animó al escritor fue salvar de la tierra del olvido, a Rafael Guillermo Urdaneta, quien tenía hermosas intenciones, pero el destino le fue adverso, merced a la añagaza de Barbacoas, y arrumbó su nombre, el cual se empeñó Briceño Iragorry en desempolvar, gracias a las cartas que en los años 1842 y 1845 le dirigiera el joven Urdaneta desde Europa a sus padres, en ellas se puso el historiador por la valiosa colaboración de una hija de Urdaneta.

*Mensaje sin destino*, es un ensayo sociológico y constituye una de las obras de mayor aliento nacionalista del Dr. Briceño Iragorry, entre las cuales es menester incluir *Alegría de la Tierra*, *Introducción y defensa de nuestra Historia*, *La traición de los mejores*, *Aviso a los navegantes* y *Dimensión y urgencia de la idea nacionalista*. En todos estos libros ofrece plenamente, sin reservas, sin escondites, su inteligencia al servicio del pueblo.

*Patria Arriba* es la expresión dolorida, casi poemática, de un venezolano en el destierro. Fue a llevarle flores al lugarejo castellano de Arévalo, a sus abuelos de allende el mar, porque le estaba vedado, el día de los muertos, depositar coronas a sus cercanos deudos en los cementerios venezolanos de Trujillo, Maracaibo y Caracas. Hace una semblanza histórica de Sancho Briceño, el primer enviado a la Provincia para reclamar por fueros del país ante la Corte, y quien tiene plaza y estatua de recordación en la Parroquia Chiquinquirá, en Trujillo. Considera que es menester, ante el avance de otras corrientes, ir a buscar las fuentes hispanas que son las de la verdadera nacionalidad, y esa es la tesis principal de su obra.

El Dr. Mario Briceño Iragorry fue un consecuente hijo de Trujillo. Dejó conferencias, estudios breves, artículos sobre el pasado de su ciudad vetusta. Además de la mencionada *Los Fundadores de Trujillo* están *Mi Infancia y mi Pueblo*, *Apología de la ciudad pacífica*, *Pequeño Anecdotario Trujillano* y *Por la Ciudad hacia el Mundo*. La obra suya de más aliento lírico, semejante en mucho a *Viaje al Amanecer* de Mariano Picón Salas, es *Mi Infancia y mi Pueblo*. Todo en ella resulta evocación, vago de juventud, añoranza, con un adarme de humor, para darle gusto a la ensalada del recuerdo. Evoca familiares, amistades y hasta revive en *Apología de la ciudad pacífica* a la maestra de primeras letras, doña Ana Tirado de Salas Ochoa, con quien hizo su aprendizaje inicial en una casa próxima a la célebre de la calle Independencia en que se firmó el Decreto de Guerra a Muerte.

Uno de los ensayos históricos más finos, de prosa cortada sin ser esquemática, de dominio de espíritu, de señorío espiritual, es *La Tragedia de Peñalver*. Abunda la documentación histórica de primera mano. Empero siempre está patente el literato, el varón que le da forma a los hechos para presentarlos "con la emoción del momento a fin de que se sientan un poco el ambiente y las circunstancias que rodearon a los actores, pues creo que el ensayo histórico reclama que el autor se adentre en el ánimo de los personajes para comprender la razón

de sus reacciones síquicas” (Obras Selectas, p. 855). Es don Fernando de Peñalver el símbolo del deber humano de quien no cesa ante las circunstancias políticas y sabe escuchar en primer término la voz de su conciencia.

Otro ensayo histórico de interés son *Las Furias Desatadas*, en donde pone en juego, en el tapete de la época, esos bajos intereses políticos que siempre han determinado los acontecimientos de gobierno en nuestra Historia de República.

En el destierro nació en Briceño Iragorry el panfletario, sin llegar al estilo de un Blanco Fombona. Habla con altura de miras y elegancia en la denuncia, como ocurrió con su escrito *Con la sangre en el rostro*, a raíz del salvaje atentado de que fue objeto al salir de un templo de Madrid.

Su intento de novela *Los Riberas* es muy interesante. Desea el escritor mostrar a las claras un mundo oscuro, aprovechador, de casaleones a la zaga del poder, de comerciantes en la esfera pública, centrado en la figura de don Vicente Ribera, el responsable intelectual de los bajos negocios petroleros, el intelectual que aprovecha al hombre fuerte, Juan Vicente Gómez, para enriquecerse con desmedro de los intereses nacionales. Están las voces rebeldes de Jacinto Fernández, el Dr. Urdaneta y el nuevo ciudadano venezolano Vicente Alejo, surgido del caldo mismo de aquellos Ribera corrompidos. Está el hombre de prejuicios Alfonso Ribera, que sacrifica todo ante ellos. Se le opone la figura erguida del padre Contreras, y también se opone, en sutil contrapunto a ésta, la del sacerdote entreguista, quien no es un pastor de almas, sino se deja llevar de los encumbrados en la lid social, o sea el padre Hermoso.

La obra me ha hecho recordar a *Los Buddenbrook* de Thomas Mann. En ella hay una especie de catedral gótica, con un ápice espiritualista, una construcción de casaleonismo criollo para culminar en la cruz de Vicente Alejo, el punto que se lanza al espacio, al infinito, hacia el cielo de los valores.

La obra tiene defectos y cualidades. Mencionaré los primeros: a) mucha intromisión del autor para caracterizar a los personajes, a quienes no deja actuar con soltura; b) demasiados esquemas de la manera de ser de cada personaje, lo cual no siempre se halla de acuerdo con los diálogos; c) le faltó ligereza en los diálogos, en veces muy cargados, con las peroratas del padre Contreras; d) no se metió debidamente en la psicología de sus personajes sino por medio de esquemas del carácter; e) se ocupa en el relato con frecuencia de asuntos accesorios, tópicos, temas, disertaciones, y abandona el hilo principal de la acción.

Ahora tiene cualidades indiscutibles: a) en primer lugar es menester destacar el estilo, que gana en contextura, va a los períodos cortos sin abusar de ellos, y en las repeticiones, de sabor castizo, nótese la influencia de “Azorín”. El maestro del Levante suele enumerar varios “dones” en su obra *Los Pueblos*. Asimismo logra un efecto estético Briceño Iragorry con la monotonía en la ringla de don Fulano, don Mengano, don Zutano, don Perencejo, en una circunstancia calma llamada a revelar los prejuicios. b) Tiene valor lírico en muchos pasajes, como cuando dice en la página 179 (*Los Riberas*. Independencia. Madrid-Caracas, 1957) “Caídas las cinco de la tarde, el mar con sus pestañas de palmas, lucía un índigo purísimo y sereno, cuya línea de unión con el cielo se esfumaba indeciso en la

azul lejanía... Las olas, serenamente iban a dormir sobre la arena de las pequeñas ensenadas hasta donde pareciera que estirase su esfuerzo por calmar la sed las ardientes y rijosas montañas, huérfanas de aquellos pasos de la vía de la tierna verdura de un arbusto". c) Abundan las descripciones bellas, de la parva, de la montaña, del mar. d) Realiza bien la pintura de pueblos y las costumbres lugareñas.

La figura intelectual del Dr. Mario Briceño Iragorry es de la reciedumbre de esos cerros pinos, serenos, majestuosos que rodean a su amada Trujillo con los cuales enhebra recuerdos lejanos, al lado del ya sucio Castán y de la olvidada quebrada de Los Cedros.

## SANTANDER Y TRES EPISODIOS DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA

Por HÉCTOR BENCOMO BARRIOS

### *Altercado de Santander con Bolívar en La Grita*

Para hablar de este incidente del entonces Mayor Francisco de Paula Santander, debemos tratar todo aquel cuadro de indisciplina en el cual se halla, como figura central, el Coronel Manuel del Castillo Rada, quien, procedente de Pie de Cuesta (unos 17 kilómetros al SE de Bucaramanga), con las tropas de su mando, se unió a las que regía el Coronel de la Unión Simón Bolívar. Después de la batalla de Cúcuta (28 de febrero de 1813), el Coronel Ramón Correa se retiró a La Grita, donde esperaba la incorporación de unos refuerzos provenientes de Guasdalito. Para batirlo, Bolívar comisionó a Castillo al frente de una columna de unos 800 a 1.000 combatientes. Esta operación no se llevó a cabo en la oportunidad que demandaba la situación, porque Castillo, alegando débiles motivos, retardó el cumplimiento de esta misión. "Morosidad la más perniciosa, cuyas consecuencias pueden ser funestas"; expresó Bolívar en su oficio al Poder Ejecutivo de la Unión.<sup>1</sup> El 13 de abril derrotó Castillo a Correa en la Angostura de La Grita; de cuya acción dio cuenta a Bolívar el día siguiente y le dice que la toma de La Grita será difícil, pues Correa se había reforzado considerablemente. El 16 de abril partió Bolívar para La Grita, dispuesto a ver los inconvenientes que había en aquella ciudad. Una vez en La Grita, el 19 de abril, Bolívar recibió de Castillo su renuncia como Segundo Comandante de la expedición y la negativa de continuar en ella. Esta decisión de Castillo, así como la actitud que había puesto de manifiesto, se basaban en su desacuerdo para la ejecución de la campaña sobre Venezuela; pues, decía, que con ello quedaría indefensa Nueva Granada y que la magnitud de la empresa pretendida por Bolívar era superior en mucho a las fuerzas y medios disponibles para llevarla a cabo. Estas opiniones

1. O'LEARY, D. F. *Memorias*; tomo XIII, pp. 165-167.